

monio y de sus fuerzas, ni tenía nada que ver ni qué mandar fuera de los dominios de su familia, ni del lado Este, ni menos del Oeste. Desde la destrucción del bando de Vaimaro la Champaña había sido sometida por Ebroino y no formaba ya parte del reino de Austrasia, como no la formaban hacia mucho tiempo los dominios que á Sigeberto habían tocado en la Galia meridional y occidental.

Ebroino estuvo en su derecho no reconociendo á Pipino II ninguna autoridad legal, ni éste debió pensar en negar al rey Teodorico la corona y autoridad real en Austrasia, pero no admitió en este país la autoridad de Ebroino.

Ignoramos cómo llegó Pipino á acaudillar la hueste austrasiana que en el año 678 (?) marchó contra Neustria y Borgoña. A su lado se hallaba Martin que pasa con derecho muy dudoso por miembro de la misma familia. Mas adelante aparece como hijo de Clodulfo, y hasta sin razón como hermano mayor de Pipino.

Sin tener rey que les mandara marcharon Pipino y Martin contra Teodorico III y Ebroino, quizás para reconquistar la Champaña y reincorporarla al reino de Austrasia, pues así lo hace suponer el lugar donde tuvo efecto el encuentro. También llevaban probablemente la intención de apoderarse, si salían con victoria, de Teodorico y de Ebroino, matar á éste, reconocer á aquel por rey y gobernar en su nombre con el aparato de legalidad, todo el imperio franco ó por lo menos la Austrasia; pues esto mismo hizo Pipino algunos años después cuando se apoderó de Teodorico que había quedado sin mayordomo.

Esta vez no llegó á tanto, porque la hueste austrasiana fué vencida por los neustrios y borgoñones, probablemente mas numerosos, cerca de Laon. Pipino se refugió huyendo en territorio austrasiano, y Martin se encerró en Laon. Ebroino, tan hábil evidentemente en la guerra como en el asesinato y en las cábalas de la ambición política, persiguió hasta muy lejos á los fugitivos, asolando tras ellos todo el país, y regresó después con numerosa hueste á *Echeregum* (1) cerca de Laon, adonde atrajo á Martin valiéndose de una traición infame é impía.

Para atraer á Martin á su campamento, envióle Ebroino como mensajeros á Egilberto y al obispo Reolo de Reims, que juraron al vencido con las manos puestas sobre una caja llena de reliquias de santos, que el rey Teodorico no atentaría á su vida. Martin, con esta seguridad, se dirigió con los dos mensajeros á Echeregum donde fué asesinado con toda su comitiva: «porque el juramento prestado no obligaba á nada, atendido que antes de hacerlo se habían sacado de la caja los huesos santos.»

No podría ni aun inventada presentarse otra historia mas

(1) Según Bonnell, hoy Bois-Fay, y según Jacobs, Lafaux, entre Laon y Soissons. Consideraciones estratégicas hablan en favor de Lafaux, porque es muy natural que Martin, huyendo de sus enemigos, no corriera en dirección Oeste sino en la opuesta, tanto mas cuanto que Laon estaba ocupada todavía después de la batalla por fuerzas austrasianas. Para resolver cuál era el lugar llamado *Echeregum*, convendría saber donde estaba la llamada *Echeregum* que se menciona después en la continuación de la *Cronica de Freidigaro*, y que Masson identifica en sus *Annales Ardennaises*, Mézieres, 1861, página 394, con Erchéry, hoy Asfeld, á orillas del Aisne. Si esto fuese, todo quedaría bien explicado, porque Ebroino regresó después de una prolongada persecución á Echeregum; la batalla habría ocurrido entonces efectivamente entre Soissons y Laon, á cuya última ciudad había huido Martin en dirección Nordeste y Pipino había huido en dirección del Rhin hacia el Este. De regreso de la persecución se habría quedado Ebroino en Echeregum, al Este de Laon, desde donde atrajo á Martin con infame falacia al citado punto. De paso diremos que otros autores identifican á Ercheregum con Etreu, cerca de Verviers, punto que no se adapta á la huida de Martin y Pipino. Bonnell coloca el lugar de la batalla al Oeste de Laon, lo que no se armoniza tampoco con sus demás datos.

á propósito para pintar la mera exterioridad de aquellas pretendidas doctrinas religiosas y morales.

El destino no quiso que Ebroino cogiera los frutos de su infame victoria; cuando estaba ya próximo á la meta, le asesinó el franco Ermenfrido, al cual estaba buscando motivo para despojarle de su propiedad. Ermenfrido reunió y explicó el caso á sus amigos, cayó de noche sobre Ebroino y le mató, huyendo en seguida con ricos presentes á Austrasia, donde se presentó al «duque» Pipino que, por supuesto, le recibió muy bien, y en cuya corte le encontraremos luego ocupando un puesto principal.

Los *Gesta Francorum* consideran este atentado una «merced divina», porque «Ebroino iba oprimiendo con crueldad siempre creciente á los francos.» La «Vida de Leodegario» nos da mas pormenores del suceso. Después de haber cometido el nuevo crimen de querer ocultar los milagros ocurridos junto al sepulcro del santo, se «acarreó él mismo como un demente la muerte despojando de sus propiedades á un sujeto principal funcionario del fisco y hasta amenazándole con la muerte, para lo cual buscó un pretexto cualquiera.» Fué, pues, un rigor extremado, quizás abuso de autoridad en el castigo de un funcionario negligente ó egoísta en la administración de los intereses del fisco que le estaban confiados, el que dió motivo al asesinato de Ebroino. El castigado se armó de valor y se colocó en acecho espada en mano antes de salir el sol junto á la puerta de la casa de Ebroino. «Era un domingo; sabía que Ebroino no tardaría en salir para ir á la misa de maitines, y apenas hubo pasado el umbral, el otro dando un salto le partió con su espada el cráneo dándole doble muerte (2).» El autor compara este crimen con la muerte de Goliat ejecutada por David por inspiración y con el auxilio de Dios, sin que le conmoviera el hecho de que Ebroino se dirigía á la iglesia, lo cual nos prueba que era religioso y piadoso al estilo de su tiempo.

Otra fuente eclesiástica, la «Vida de Santa Anstrudis», que murió por el año 700 y era hija y sucesora de Santa Salaberga, que murió hacia el 665, siendo abadesa del convento de San Juan en Laon, nos presenta á Ebroino con colores mas humanos. Los enemigos de Santa Anstrudis habían excitado contra ella á Ebroino, «alto funcionario de palacio y muy poderoso en tiempo del rey Teodorico, y cuando el rey penetró vencedor en Laon (probablemente en 681 después de la derrota de los austrasianos) y con él su ejército capitaneado por Ebroino, mostróse éste furioso contra la abadesa, amenazándola con castigos terribles; pero como estaba engañado por malvados, bastó un pequeño milagro para trocar su furor en extrema mansedumbre,» y hasta añade el autor de la citada biografía: «había venido enemigo de la vírgen amada de Dios, y entró en el palacio del rey transformado en amigo de la religión (3).»

El imperio de Teodorico era tan fuerte, probablemente á consecuencia de la victoria en la comarca de Laon, que Pipino trató de arreglarse con Varatto, sucesor de Ebroino, elegido por los francos por mandato del rey. En esta negociación Pipino se muestra tan débil, que tuvo que presentar

(2) Haciéndole morir sin confesión y sin los auxilios de la Iglesia.

(3) Ursino, en su biografía de San Leodegario, después de referir bastante imparcialmente los sucesos, pone el siguiente epílogo melancólico á la memoria de Ebroino: «Así se cumplió la palabra de Dios en Ebroino, digno de eterna lástima; él tan encumbrado, tan famoso en tres partes del mundo por su energía, y tan desgraciado!... Es muy de temer que haya perdido la gloria, y se haya atraído la condenación eterna, él, que había conquistado tan excelsa fama, como jamás la ha llegado á merecer franco alguno!

El autor de la segunda biografía de San Leodegario, tan llena de invectivas contra Ebroino, copió no obstante este mismo epílogo de Ursino.

rehenes; y es de suponer que reconoció á Teodorico por rey de Austrasia, sin ser por eso su mayordomo en este país.

Varatto fué suplantado en su cargo en 683 por su propio hijo Gislemaro á quien los *Gesta Francorum* describen como hombre de gran talento, enérgico y activo, pero excesivamente ambicioso, dominante, astuto y falaz. El continuador de Freidigaro añade que fué primero lugarteniente de su padre en el gobierno. San Audoin, obispo de Ruan, procuró en vano hacerle desistir de sus maquinaciones contra su padre; y cuando hubo lanzado á éste de su puesto, el mismo obispo le exhortó á pedirle perdón por su conducta desleal, y le pronosticó una muerte súbita como castigo de Dios (1). Gislemaro, tan pronto como se vió encumbrado á mayordomo, emprendió otra vez la guerra contra los austrasianos, pero la muerte le arrebató en 684, y vuelto al poder Varatto hizo la paz con Pipino y murió en 686. Sucedióle en su alto cargo su yerno Bertaro, que á causa de su sed de mando se vió pronto abandonado de muchos magnates de Neustria, entre ellos el influyente obispo Reolo de Reims. No tardó en llegar á las manos con Pipino, por el cual fué derrotado en 687 cerca de Tertri á orillas del Omignon, y al cabo de poco tiempo murió asesinado por instigación de su suegra Ansflada que se entendió con Pipino, nombrado mayordomo de Teodorico en el puesto de Bertaro. Ansflada dió su hija Adaltruda ó Anstruda por esposa á Drogo, hijo de Pipino. Este casamiento debió de efectuarse anteriormente al año 697, porque en un documento del 14 de marzo de este año figura ya Adaltruda como esposa de Drogo. Los Anales de Metz colocan este casamiento en el año 693, lo cual puede muy bien ser exacto.

Pipino, por fin había alcanzado su objeto. Ya era único mayordomo del único rey franco nominal en los tres reinos. Hubo las proscripciones y persecuciones de costumbre; el obispo Ansberto de Ruan fué desterrado por el año 693 aproximadamente al monasterio de Altus Mons á orillas del Sambre. Este prelado, de noble cuna, había sido antes secretario y gran canciller del rey.

La misión del nuevo mayordomo era difícilísima, tanto en los asuntos interiores de los tres reinos, como en los exteriores. Entre estos últimos figuraba la reconquista de las tribus del otro lado del Rhin que durante la degeneración progresiva de la familia merovingia y las incansables luchas de mayordomos rivales, habían sacudido casi completamente desde muchos años antes el yugo franco. Pipino y sus sucesores cumplieron esta misión mucho más allá de los límites previstos, ensanchando tanto el imperio franco con la sumisión é incorporación de pueblos y grupos de tribus germánicas y otros, que las generaciones coetáneas lo miraron como otro imperio universal. En cambio ni ellos, ni el mismo Carlomagno pudieron cumplir la gran misión interior, de hacer la corona independiente de la nobleza, porque en los siglos VI y VII, y mucho mas en el VIII y el IX, faltaba todavía para ello la anchurosa y sólida base de la clase media, de los propietarios medios y pequeños, para dar fuerza al soberano en frente de la nobleza poderosa. Las causas de la desaparición de las familias libres que podrían haber creado una clase

(1) San Audoin, que había regresado en 677 ó 678 de Italia, encontró á los grandes del palacio haciéndose guerra cruel. Entonces estalló la guerra entre el rey de los franceses, así se llamaban ya entonces comúnmente los neustrios y borgoñones, y el de los austrasianos. No obstante esta guerra pasó el santo con objeto piadoso á Colonia, y hecha la paz, bien que por corto tiempo, regresó á Verdun en Neustria. Después fué á ver al rey, á la reina y á Varatto en *Clippiacum*, y al poco tiempo pasó á mejor vida. De esto se infiere que Gislemaro murió antes que él, pues que su padre había recuperado ya su cargo de mayordomo; y es también permitido suponer que San Audoin vivió hasta después de la paz de 684 y que acaso esta paz fué obra suya.

media eran varias, económicas unas, y eclesiásticas ó intelectuales y morales otras. No dejó de comprender Carlomagno los peligros de la desaparición creciente del pueblo libre, y también entrevió las circunstancias económicas que contribuían á este resultado, y aun trató de combatirlas con tesón y perspicacia, pero sin éxito, porque eran consecuencias de fuerzas sociales invencibles. Mas invencibles todavía eran las condiciones intelectuales y morales, y estas ni siquiera llegó á verlas Carlomagno, porque se hallaba como los demás bajo la presión de la civilización latino-eclesiástica.

Las relaciones entre el imperio franco, tan castigado por disturbios interiores, y la Santa Sede habían sido durante todo el siglo VII muy escasas, hasta que Pipino dió al país tranquilidad. Esto se comprende, porque no había gobiernos aptos para fomentar el objeto general de la Iglesia; toda la protección se reducía á fundaciones y donaciones piadosas para fomentar vigorosamente la conversión de las tribus y pueblos salvajes de la orilla derecha del Rhin y mas allá. Desde la tentativa hecha en 655 por el papa Martin V (649-657), que hemos mencionado antes, no existen cartas auténticas de papas que traten de asuntos eclesiásticos del imperio franco, hasta el siglo VIII, después de haber quedado vencedores y dueños los descendientes de San Arnulfo. En cambio existen de aquellos tiempos tenebrosos, llenos de turbulencias y sucesos confusos, muchas cartas pontificias apócrifas ó muy sospechosas, como son las concesiones de privilegios de Eugenio I (654-657) á favor del monasterio de San Bovos en Gante (2) y del de San Mauricio (*Agauense*) fechada en 23 de febrero de uno de los años comprendidos entre 654 y 657 (3); y las de Vitaliano (657-672) á favor del monasterio de San Pedro y San Pablo en Stablo en las Ardenas, á instancias del abad de Stablo y Malmedy. Otra carta del mismo papa se menciona en otro documento, en la cual recomendó el obispo Teodoro de Dover al obispo Juan de Arles. Muy curiosa por su carácter presuntuoso es una carta falsa en la cual el mismo papa participa á todos los arzobispos, obispos y abades de España, Bética, Lusitania, Galicia, Aquitania, Bretaña, Germania, Galia belgíca, Galia togada (!), Galia cisalpina, transalpina y transcampaña (!), que ha anatematizado á los que robaron de Monte-Casino las reliquias de San Benito, hasta que estas sean restituidas, encargando á los citados prelados que fijen el plazo dentro del cual ha de efectuarse la restitución, y añade: «El rey Clodoveo, nuestro amado hijo, queda encargado de cumplir lo que resolvais.» Esta carta se pretende que fué escrita en 16 de julio de uno de los años entre 658 y 671; pero Clodoveo II había muerto ya en 656; ni podía estar dirigida la carta al pseudo-Clodoveo proclamado por Vaimaro, pues que esta proclamación ocurrió en el año 674. Esta carta ha sido forjada necesariamente en una época en que los papas pretendían ya ser soberanos de los reyes. Otra carta falsa del mismo papa, que se supone escrita en 1.º de noviembre de uno de los años comprendidos entre 667 y 671, va dirigida al rey Clodoveo (que murió en el año 666), deseándole en el mismo encabezamiento salud para cuando se haya mostrado hijo obediente, y después de esta introducción le participa haber excomulgado á todos los habitantes de Orleans y de Le Mans, así como el monasterio de Fleury y á los ladrones de las mencionadas reliquias, hasta que hayan sido estas restituidas á Monte-Casino, encargando al rey que remita los ladrones á Roma para ser allí juzgados, y añade que «no cumpliendo, os anatematizaremos como á ellos.»

(2) Jaffé, n.º 2083.

(3) Jaffé, n.º 2084.

Muy sospechosa es una carta dirigida por el papa Adeodato (1) (672-676) á todos los obispos de Galia poniendo en su conocimiento los privilegios concedidos por él á solicitud del abad Egrico y del obispo Crotberto de Tours al monasterio de San Martin de la misma ciudad. De esta carta existen dos ejemplares que discrepan entre sí, lo cual no favorece el carácter de autenticidad de ninguna de ellas. Del papa Dono (2) 676-678 no existe ningun documento. Falsa es probablemente una carta del papa Agaton (3) (678-681) del 28 de febrero de 679 ó 680, dirigida á San Edicto, arzobispo de Vienne, mandando que todos los obispos de Galia lean, observen y cumplan los acuerdos tomados por un sínodo de casi cien obispos reunido en Roma. Una pretendida carta de Leon II (681-683) está fechada en 19 de agosto de 682 y dirigida al rey Childeberto, siendo así que entonces reinaba Teodorico, y que Childeberto III no subió al trono sino el año 695. Esta carta trata de las reliquias robadas de Monte-Casino. Otra carta del mismo papa y del año 682 ó 683, que trata de la iglesia de San Pedro, extramuros de Ruan, va dirigida al rey Clotario, cuando entonces no habia rey de este nombre en parte alguna, pues que Clotario III habia muerto en 670, y Clotario IV no subió al trono sino en 717. Del papa Benedicto II (683?-685) existe una carta falsa del 26 de abril 685 á favor del convento del abad Egidio de Nimes. Tambien es falsa una carta de su sucesor Juan V (685-686), del mes de noviembre de 685, dirigida al abad Vulfecraun del convento de San Benigno de Dijon á favor del cementerio del lugar, haciéndole independiente de la autoridad del obispo de Langres. Sospechosa es la carta del mismo papa del 8 de mayo de 686, en la cual confirma el fuero y sus posesiones á la iglesia de Santa María de Arras. No se han conservado documentos de los papas Conon (686-687), Teodoro (687), ni del pseudo-papa Pascual (687-692); y es muy sospechosa la carta del papa Sergio I (687-701), el mismo que citó á Roma al acusador del obispo Wilfrido, que fué absuelto y rehabilitado por el sínodo romano del año 704. Esta carta se supone dirigida al obispo Heron, de Langres, en 25 de marzo de 697 á favor del cementerio de Dijon.

Auténtica es la carta relativa á la fundación de un convento en el distrito de Arnaco, condado de Limoges, por los esposos Guido de Turri é Ingalsia; pero del fragmento que de ella se conserva no puede inferirse de cuál papa procede, si bien se atribuye generalmente á Juan VI (701-703). Muy dudosa es la autenticidad de una carta dirigida al arzobispo Eudaldo de Vienne (696-716?), que puede atribuirse mas bien al papa Juan VII (705-707) que no á Juan V (685-686), y que permite al citado prelado el uso del palio, encargándole al mismo tiempo que celebre el sacrificio de la misa segun el rito romano, y va acompañada de un mechón de cabellos de San Pablo.

Del papa Sisinio (708) no existe documento alguno. Una carta del papa Constantino I (708-715) que acompaña á varias reliquias que el papa envía al ya citado arzobispo Edaldo ó Eoaldo de Vienne es probablemente falsa; y lo es, sin duda, otra del mismo papa dirigida en 15 de noviembre de 714 al rey Chilperico (II), que no subió al trono hasta el año siguiente, sin contar que el tono altanero y presuntuoso de la carta la hace mas propia de una época posterior cuando la curia romana hablaba perentoriamente con la conciencia de un poder imponente. Refiérese este documento al famoso robo de reliquias de Monte Casino; el papa re-

(1) Llamado tambien Deodato y Diosdado.

(2) Otros le llaman Domno, y Onofuro le llama Dominus.

(3) Durante cuyo papado visitó San Wilfrido, obispo de York, á Roma.

prende en él duramente al rey por su inobediencia y añade esta amenaza: «Si no se restituyen las reliquias de San Benito y de su hermana pondremos entredicho sobre todos los cargos y empleos sagrados de tu imperio y les fulminaremos como á los habitantes de Orleans y el Mans nuestro anatema eterno, y si tú mismo resultares despreciador del mandato apostólico, caerá sobre tu persona dentro de veinte dias la espada de nuestro anatema.»

Resulta, pues, que desde el año 649 no aparece otra carta papal perfectamente auténtica y de fecha bien definida relativa al imperio franco, mas que la carta del papa Gregorio II (715-731) del 15 de mayo de 716, en la cual anuncia el envío de dos sacerdotes á Baviera con instrucciones para el clero de aquel país.

Hemos llegado ya á la época de la cual nos toca exponer las relaciones de los papas con el imperio franco, juntamente con la obra de San Bonifacio y las guerras con los longobardos.

#### CAPÍTULO XIV

##### PIPINO MAYORDOMO ÚNICO (687-714).

Segurísimo debió de contemplarse Pipino cuando dejó al rey en el reino neustro-borgoñon y pasó sin él á Austrasia, donde asuntos importantes y urgentes reclamaban su presencia. Dejó no obstante cerca del rey como lugarteniente ó representante suyo á un hombre de su entera confianza, llamado Norberto, evidentemente con el encargo de velar por que durante su ausencia no se apoderaran del rey y nombraran un nuevo mayordomo austro-borgoñon los grandes de estos reinos. No es exacto, por lo demás, lo que nos dicen autores posteriores del partido carlovingio (4) acerca de las relaciones entre el rey merovingio maniquí y los mayordomos descendientes de Arnulfo, desde aquella época y aun desde la batalla de Tertri; y menos exacto es particularmente lo que dicen de estas relaciones entre el rey y Pipino en el primer período de su mayordomía; porque segun estas narraciones no fué el rey mas que un prisionero distinguido, guardado con todos los honores debidos á su categoría en la hacienda de Montmacq, á orillas del Oise, entre Noyon y Compiègne, de donde su guarda, el mayordomo, le sacaba una vez al año para hacerle figurar sentado en el trono de sus antecesores en el campo de Marzo; recibir los homenajes y presentes de los hombres de armas de todos los distritos de sus dominios; pasarles revista y hacer justicia á la antigua usanza, sentenciando segun le dictaba su mayordomo, el cual, concluidas estas ceremonias, le quitaba, segun aquellos autores, de la vista de sus súbditos hasta otro año.

Es poco menos que imposible formar ahora un retrato exacto del carácter é índole de Pipino y de sus sucesores, exceptuando á Carlomagno, porque todas las descripciones que han llegado á nosotros son apologías que apenas contienen alguna cosa que se parezca á crítica. Sus autores las escribieron cuando su héroe habia concluido ya su carrera en este mundo, y eran además sobrado ineptos para retratar caracteres. Repiten y atribuyen á todos las cualidades de castumbre; hablando de gobernantes, ensalzan su valor, sabiduría, prudencia, generosidad y compasion, á menudo en flagrante contradicción con los hechos que acaban de narrar, ó exageran elevando actos comunes á la altura de insólitas virtudes. Así, por ejemplo, el autor de los *Anales* de Metz añade á todo acto de Pipino II las palabras *solita pietate* con toda regularidad maquina y muchas veces sin venir á cuen-

(4) Einhard, tomo II, pág. 443, Erchambert, tomo I, cap. II, páginas 328, y *Ann. Mett.*, I, c. I, 320.

to. Estas alabanzas son frecuentemente copiadas de los autores clásicos latinos, que las atribuyeron á hombres célebres romanos y griegos, y á ellas los autores de que aquí tratamos añaden las virtudes propias de gobernantes y héroes cristianos, las cuales á su vez son copiadas de historias de santos, solo que no suele figurar entre ellas la castidad, mientras otras, como la generosidad para con los enemigos y vencidos, concuerdan poco ó nada con los hechos.

De todo esto resulta que debemos formar nuestro concepto del carácter de estos hombres no por lo que dicen los autores de ellos, sino por los actos que de ellos nos refieren. Estos actos son los que concuerdan en probar invariablemente su vigor, sabiduría y devocion religiosa; y demuestran tambien otra cualidad que los distingue y que, segun observo, ha pasado inadvertida no obstante ser comun á todos estos varones, incluso Carlomagno, y era una tenacidad admirable que no se arredraba ni debilitaba por reveses, ni errores, ni pérdidas de todo lo andado ni obstáculos, hasta que con infatigable perseverancia, extraordinaria habilidad y sagacidad, unidas á una religiosidad verdadera y sobre todo á su fuerza y heroismo insólitos, alcanzaron la meta deseada. Trabajosa fué ciertamente la subida de esta familia, y violentas y desesperantes las caídas que sufrió, pues Pipino I cayó de su altura casi en la proscripcion é impotencia; su yerno gana terreno luchando con grandes contrariedades, y su nieto paga su arrojo prematuro con su vida bajo la segur del verdugo. Entonces desaparece la familia de la escena por una serie de años; sale luego Pipino II, cuya primera tentativa se estrella, y su compañero Martin pierde la vida; Carlos Martel se ve en el calabozo, es derrotado y á duras penas haciendo esfuerzos inauditos, consigue sujetar á sus adversarios del Este, del Oeste y del interior; los peligros amenazan abrumarle y destruir el imperio con guerra fratricida, y el mismo Carlomagno, que por excepcion tuvo la suerte de conquistar casi sin trabajo la Italia y la corona imperial, se vió precisado á luchar durante la vida de toda una generacion para enseñorearse de los sajones. Es verdad que para ello empleó medios abominables y con un fin que ni siquiera era político, conculcando derechos y desconociendo la moralidad mas elemental; pero á pesar de estos grandes y graves defectos que empañan la obra del poderoso señor de Paris, Roma, Pavia y Aquisgran, es preciso reconocer la perseverancia con que vuelve durante un período de treinta años á su empresa de someter á su dominio regiones dilatadas cubiertas de frias selvas é interminables pantanos, habitadas por miserables tribus de bárbaros. La familia de Arnulfo debió su encumbramiento á su perseverancia, virtud que unida al talento militar y de gobierno, se transmitió en ella por espacio de siete generaciones; caso muy excepcional, porque en los emperadores de origen sajón, suabo y de Franconia se transmitieron las cualidades que los encumbraron solo á cuatro ó cinco generaciones y aun así á saltos.

Pipino se casó entre los años 670 y 675 con Plectrudis, mujer de estirpe nobilísima, talento y grandes riquezas, como lo prueban sus obras pias; su padre Hugoberto fué probablemente en 693 senescal y en 697 conde palatino ó ambas cosas á la vez. De este matrimonio nacieron dos hijos, el mayor Drogo, cuyo nacimiento debe de caer antes del año 676, pues que en 693 aparece ya casado, recibió á título de duque la tan disputada Champaña, evidentemente para preservar este país de nuevas peripecias. El hijo menor se llamaba Grimoaldo.

Mas adelante tomó Pipino una segunda esposa en matrimonio legítimo sin repudiar á la primera ni anular el matrimonio, cosa muy contraria á los preceptos de la Iglesia, pero innegable, y que solo puede ser explicada suponiendo una

gran condescendencia de parte de los obispos. Esta segunda esposa se llamaba Alfeida, en lenguaje franco-germánico *Jalpaid* ó *Halpaid* (*Chalpaid*), y era de familia noble tambien, aunque no tan elevada como la de Plectrudis. Los *Gesta regum Francorum* (c. 49) dicen que la segunda esposa (*uxor*), Alp-heida, «le dió un hijo á quien Pipino llamó en el idioma de su pueblo (franco) *Karl* (Carlos, que quiere decir «mozo vigoroso,») y que era guapo, medró y llegó á ser varon eminente;» y en iguales términos se expresa el continuador de Fredigaro.

Despues de haber Pipino quitado de en medio á sus rivales neustro-borgoñones, apresuróse á restablecer el dominio franco sobre los pueblos vecinos de la Austrasia. No es probable que se ocupara en la reconquista y sumision de estos pueblos antes de asegurar definitivamente su mayordomía exclusiva en todo el imperio franco. La autoridad que Pipino gozaba en la Austrasia propiamente dicha, es decir, en la parte oriental del imperio franco, era superior á la de los llamados duques, ó jefes de la fuerza armada, en los grandes distritos militares, si bien no se le llama en ningun documento duque de Austrasia excepto en una biografía de San Crodegango, escrita mucho tiempo despues (1), cuyo autor le llama *Gallia universa sub nomine ducis prasidens*. Esta autoridad se extendia sobre los territorios de Baviera, de los alamanes y turingios, en cuanto estas tribus y pueblos eran dependencias de Austrasia, si bien en ellos mandaban sus respectivos duques bajo el poder franco-austrasiano ó sea bajo el de Pipino.

Así se presentó en los años 787 y 788 ante los frisones, turingios, sajones, alamanes y bávaros como adalid defensor del imperio franco y de su único rey Teodorico.

La mision era dura, porque estos pueblos se habian hecho cual mas cual menos independientes del imperio franco.

Pipino se dirigió primero contra los frisones, que antes habian estado sometidos á los reyes francos, pero cuyos territorios no es posible fijar con exactitud, ni tampoco respecto del grado de su sumision anterior, porque poco caso merecen las victorias alcanzadas sobre estas tribus por Chilperico y cantadas por Venancio Fortunato, atendido el carácter del vencedor y de su apologista. En cambio, es muy cierto que en el reinado del rey Dagoberto llegaba el dominio franco hasta Utrecht, donde los francos tenian un castillo fuerte y una iglesia, que habian arrasado los indígenas cuando se presentó allí San Willibrordo. El obispo de Colonia habia recibido de Dagoberto el castillo y la iglesia á condicion de convertir á los indígenas.

En tiempo de Ebroino hemos visto que el reyezuelo Aldegiselo se le mostró hostil y en cambio estuvo complaciente y amistoso con Dagoberto II. Esta vez encontré Pipino en frente del duque Ratbodo, que sin fundamento cierto se supone que era hijo del sucesor de Aldegiselo. Contra éste dirigió su expedicion en 689, despues de otras muchas dirigidas contra jefes de tribus ó distritos de frisones. El nombre del lugar donde se dió la batalla, Wijk-bij Dnurstede, nos indica el motivo inmediato de la guerra, porque hasta allí, al sudeste de Utrecht, debian de haber invadido aquellos frisones el territorio franco. Estas invasiones con su acompañamiento de saqueos acaso se habian hecho frecuentes durante las discordias y luchas interiores en la Austrasia y Neustria, y quizás habian llegado los frisones á posesionarse del todo de las comarcas fronterizas vecinas. La derrota que esta vez sufrieron fué tan grande, que los francos quedaron dueños de toda la Frisia occidental desde Sinkfala hasta Fli,

(1) *Monum. Germ. h. Scr. X.*, pág. 553, *Vita Chrodegangi*.